

De la sílfide al pájaro

Guillermo Samperio

Siguiendo los pasos de Gaston Bachelard y adepto a la gran tradición del paganismo, Guillermo Samperio, autor de Miedo ambiente, Anteojos para la abstracción y Ventriloquía inalámbrica, sólo por mencionar algunos, explora en este breve ensayo la relación entre los elementos —en este caso el aire— y la imaginación poética.

Usamos símbolos para representar conceptos que no podemos definir o comprender del todo, como la divinidad, la muerte, el infinito, la vida; pero el hombre también produce símbolos inconsciente y espontáneamente en forma de sueños. Por eso, para el suizo Carl Gustav Jung, los sueños son el material básico y más accesible para investigar la facultad del hombre para crear símbolos. Cuando exploramos el símbolo, nos vemos llevados a ideas que yacen más allá del alcance de la razón.

Muchos sueños presentan imágenes y asociaciones que son análogas a ideas, mitos, leyendas, historias y rituales primitivos. Las asociaciones de imágenes de esa clase son parte integrante del inconsciente. Para Jung:

Crean un puente entre las formas con que expresamos conscientemente nuestros pensamientos y una forma de expresión más primitiva, más coloreada y pintoresca. Esta forma es también la que conmueve directamente al sentimiento y a la emoción. Estas asociaciones históricas son el vínculo existente entre el mundo racional de la conciencia y el mundo del instinto.

Los cuatro elementos míticos son signos que permiten englobar sueños, mitos, religiones e imágenes poéti-

cas. Podemos hacer una clasificación de imágenes según sea su infinito: tierra, agua, fuego o aire. La tierra soporta; el agua y el aire animan; el fuego solar mueve creando todas las fuerzas físicas. Y la fatalidad gobierna la marcha de todas estas fuerzas y de todos los seres.

En la psicología galénica se asientan cuatro humores o temperamentos los cuales se relacionan con los cuatro elementos arquetípicos, así: los sueños de los biliosos son sobre fuego, incendios, guerras, muertes; los de los melancólicos se caracterizan por la tierra, entierros, sepulcros, huidas, fosas, cosas tristes; los de los pituitosos por el agua, lagos, ríos, inundaciones, naufragios; los de los sanguíneos por el aire, vuelos de pájaros, carreras, festines, conciertos.

Aristóteles, en “De la generación y la corrupción” y en las “Meteorológicas”, relaciona los cuatro elementos con cuatro cualidades: Fuego = cálido + seco; Sangre = cálido + húmedo; Atrabilis = frío + seco; Pituita = frío + húmedo. La salud se logra por el equilibrio perfecto de los cuatro humores y, lógicamente, el desequilibrio tiene como consecuencia la enfermedad. Sin embargo, el viento conjunta y totaliza los cuatro elementos, los cuatro vientos fundan en muchos aspectos el cuatro cósmico, entregan la doble dialéctica del calor y del frío, de lo seco y de lo húmedo.



Albert Marquet, *Día soleado en París*, (detalle), 1907

Los vientos de los cuatro rumbos representan el soplido cósmico: el viento del sur nos trae las seducciones del país del sol, la nostalgia de una eterna primavera; el viento del norte tiene los poderes del más allá hiperbóreo; en el viento del oeste respira un alma oceánica, un alma virgen de todo contacto terrestre; el viento del este nos hace seres volátiles.

Los grandes iniciados de cualquier latitud encuentran una correspondencia entre el hombre y el universo: el microcosmos y el macrocosmos. Como es arriba es abajo, dice uno de los preceptos fundamentales. De la misma manera que los seres humanos, el cosmos también tiene una naturaleza dual: la tierra y el agua son femeninos; el aire y el fuego, masculinos. Durante la Edad Media, el aire se representó con una espada, que simbolizó la mente, la disección y la facultad analítica; la espada del conquistador que reproduce en menor escala a la cruz, unión de los dos principios, femenino-masculino, la fusión, la integración de las fuerzas.

En las imágenes del aire, en las experiencias de transformación, el objeto, más que real, es un buen conductor de lo real. En la imaginación del aire, el movimiento supera a la sustancia; más aún: sólo hay sustancia cuando hay movimiento. El egipcio-helénico Plotino enseña la manera con que los objetos, tanto espirituales como corporales, producen vibraciones, por influencia de cuerpos sobre cuerpos, y cómo se fortalecen en el aire y se manifiestan ante nuestros sentidos, mediante la luz y el movimiento. En el psiquismo aéreo la imaginación proyecta al ser entero: vemos cómo el aire condensa pequeñas nubes en las que representa montañas, caballos, castillos,

dragones, mujeres; imágenes que en la medida que se alejan se desvanecen como un sueño. Las nubes son objetos de un onirismo a pleno día, determinan ensueños fáciles y efímeros, son un sueño sin responsabilidad. La nube, ser del aire, es un movimiento lento y redondo, que sin ruido conmueve en nosotros una imaginación blanda. En su ebriedad la imaginación utiliza la nube como un ectoplasma que sensibiliza nuestra movilidad. Una nube tenebrosa es suficiente para hacer pesar la desgracia sobre todo el universo.

Algunas imaginaciones convierten al cielo en un cristal y al aire en una suerte de espejo: Aristóteles hace ver que el arco iris se forma en una nube de aire, como un espejo. En "Meteoros", Aristóteles cuenta que conoció a un hombre que por tener la vista débil se servía del aire cercano como de un espejo y que su campo visual se reflejaba en él; no pudo entender esto y creyó que su sombra marchaba delante de él, viendo que la cabeza le antecedía en la marcha. Los espejismos son imágenes llevadas por el aire, por medio del agua, que funcionan como espejo, y los caminantes creen ver figuras de demonios y espíritus. Los griegos creyeron, Pitágoras entre ellos, que si alguien, luego de pintar un retrato o escribir algo, lo exponía a la noche y a los rayos de la luz de la Luna, otra persona podía ver y leer todo eso en la circunferencia de la Luna, porque las representaciones se elevaban y se multiplicaban en el aire.

En el caso del sueño de vuelo encontramos el rastro de un instinto de ingravidez que, para el fenomenólogo Gaston Bachelard, es uno de los instintos más profundos de la vida. Salvo en caso de contaminación imaginaria especial, ningún soñador ha visto en el sueño las alas batientes: las alas aparecen ante el vértigo de la caída. La única racionalización de la imagen de las alas que puede estar de acuerdo con la experiencia dinámica primitiva es el "ala en el talón", las alas de Mercurio; dichas alas simbolizan el sueño aéreo sin significado visual real.

El aire es un espíritu vital que penetra en todos los seres, haciéndolos vivir y subsistir, ligando, removiendo y dotándolos de movimiento; por esta razón, los hebreos no lo incluyen entre los elementos, sino que lo consideran medio y vínculo entre los diferentes seres y espíritu que fortalece los recursos de la naturaleza. Como es el primero en recibir las influencias de los cuerpos celestes, comunicándose a cada uno de los elementos, recibe y retiene, como un espejo divino, las impresiones de las cosas, tanto naturales como divinas, al igual que palabras o discursos, y al llevarlas consigo, a medida que entra en los cuerpos de hombres y animales, suministra la materia de los sueños, los presagios y los augurios portentosos.

El viento furioso es el símbolo de la cólera pura, de la cólera sin objeto ni pretexto. El aire violento capta la furia elemental que es todo movimiento. Participamos directamente en el drama del aire cuando se violenta; los

El aire es un espíritu vital que penetra en todos los seres, haciéndolos vivir y subsistir, dotándolos de movimiento.

espectáculos de la tierra vienen a alimentar ese horror sonoro. Para los aztecas, cuatro soles o edades existieron antes de la actual; la cuarta era, según el códice de los orígenes míticos: “Se decía Sol de Viento. Durante él todo fue llevado por el viento. Todos se volvieron monos. Por los montes se esparcieron, se fueron a vivir los hombres-monos”. Por la cólera, el mundo es creado como una provocación, la cólera funda al ser dinámico. La quinta era para los aztecas se llama ollincán, lugar de movimiento.

Los tuxtlas conciben al ser humano como una totalidad psico-física cuyas partes están en equilibrio, pero por adicción o sustracción la integridad humana se altera y surge la enfermedad. El “mal viento” es un padecimiento mágico: los malos vientos no son vientos comunes y corrientes, son vientos psicológicos que andan sueltos. Hay mayor riesgo de “agarrar” un mal viento en los cruces de caminos o de las calles de la ciudad, y la primera semana de marzo. Esta última situación se debe a que muchos brujos, o aspirantes a serlo, se dedican durante esa semana, con particular intensidad, a la realización de rituales mágicos, y éstos hacen que se formen malos aires. Para los tuxtlas, una de las personificaciones demoniacas de la naturaleza es en forma de torbellino o remolino.

Oír es más dramático que ver: no hay dolor comparable al del viento cuando llora. La Llorona, dice una anciana tuxtla, es el viento que solloza en el monte. Primero es el lamento, después el fantasma. El espanto primitivo existe en un universo de ansiedad antes que el ser aterrador. Es el silbido del viento lo que hace temblar al hombre que sueña, al hombre que escucha: la serpiente alada nace del silbido del viento. Cuando se sigue la creación de algunos seres imaginarios: lobas aladas, arpías, banshiees, se reconoce pronto que la fuerza que los crea es un grito de cólera, no un grito animal, sino el de una tempestad.

Cada elemento, en las cuatro pruebas de iniciación elemental, es una especie de materia superada: la alegría terrestre es ligereza y gravedad; la acuática, blandura y reposo; la ígnea, amor y reposo; la alegría aérea es libertad. La imaginación de Nietzsche da sustancia a los adjetivos del aire y del frío. A Zaratustra el aire no le proporciona nada, para él el aire es el gran donador de las manos vacías: nos libera de la mano limosnera, nos acostumbra a no recibir nada y, en consecuencia, a ganarlo todo; cuando así lo hacemos, somos sinceros con nosotros mismos. El nacimiento del sol nietzscheano es el acto de una decisión irrevocable, es el mito del eterno retorno que se

traduce de lo pasivo femenino a lo activo masculino. La garra del águila, ser del aire y una de las eternas compañías de Zaratustra, rompe la luz: es clara, franca, expuesta, masculina. En contraposición, la garra del gato, uno de los enemigos de Zaratustra, es oculta, hipócrita, femenina. Para Nietzsche el gato personifica siempre una adhesión a la tierra, en Zaratustra el gato siempre es una mujer. Zaratustra asciende a la montaña llevando a cuestas al demonio de la gravedad; asciende con el viento en contra pero nunca se doblega. Como en la fábula de la caña y el roble, se inclina pero en sentido contrario para humillar las fuerzas del viento.

Para los rosacruces, los espíritus elementales de la naturaleza son oleadas de vida independientes de las jerarquías divinas. Los celtas aseguran que los seres elementales descienden de los ángeles rebeldes, los cuales fueron obligados a vivir en el mar, en la tierra o en el aire. Y, para concluir, como sólo lo superior puede explicar lo inferior, Toussenel deduce el pájaro de la sílfide. Puede decirse que hay pájaros en la naturaleza porque, efectivamente, hay sílfides y silfos en el aire imaginario: la sílfide antes que el pájaro, lo más puro antes que lo más material. Las imágenes del viento son un signo de nuestro ser profundo, de nuestro ser íntimo, que no siempre queda representado icónicamente, sino de una manera sutil, en movimiento. **U**



Vincent Van Gogh, *El mar de Sainte-Marie*, 1888